

Fundamentos en Humanidades
Universidad Nacional de San Luis – Argentina
Año XIII – Número I (25/2012) 35/50 pp.

Ideas para una reflexión transdisciplinar: la “asociación” en la modelización de la conducta

**Ideas for a transdisciplinary reflection:
the “association” in behavior modelling**

Héctor Blas Lahitte

Universidad Nacional de La Plata
lilate@fcnym.unlp.edu.ar

Maximiliano Azcona

Universidad Nacional de La Plata
azconamaxi@hotmail.com

(Recibido: 29/07/11 – Aceptado: 20/03/13)

Resumen

Considerando a las distintas tradiciones de investigación como dominios cognoscitivos, se problematiza el tema de la comunicación entre aquellos dominios que han teorizado sobre la conducta. Los posicionamientos filosóficos diferenciales (ontológicos y epistemológicos) subyacentes a estos dominios han contribuido a generar cierta clausura operacional, lo cual ha obstaculizado el intercambio y la discusión entre investigadores. Algunos conceptos recurrentes en las diversas perspectivas consideradas, carecen de definiciones precisas y conllevan un significativo grado de vaguedad. Este trabajo realiza un sucinto recorrido por los usos de la noción de asociación, mostrando como ha aparecido en distintas corrientes de la Psicología y la Etología. Se sostiene la idea de que nociones como ésta evidencian una heurística innegable en la construcción de diálogos transdisciplinares.

Abstract

Considering the different research traditions as cognitive domains, the communication among those domains that have theorized on behavior is

problematized. The differential philosophical positions (ontological and epistemological) underlying these domains have favored an operational closure which has hindered the exchange and discussion among researchers. Some recurrent concepts of these different perspectives do not have univocal definitions and are significantly vague. This paper briefly analyses the uses of the notion of “association” and the way it has been applied by different schools of thought within Psychology and Ethology. Concepts like this one show an undeniably heuristic approach present in the construction of transdisciplinary dialogues.

Palabras clave

conducta - psicología - epistemología - asociación - etología

Key words

behavior - psychology - epistemology - association - ethology

I. La paradoja de la autoorganización de sistemas como un modelo de respuesta al problema de la fragmentación científica

Quizás sea posible sostener que la actividad científica de nuestros días ha alcanzado un punto de heterogeneidad inusitado, fragmentándose en innumerables orientaciones y perspectivas que hacen dudar a cualquiera que intente referirse a este conjunto con el común denominador de “la ciencia”.

Es sabido que desde la modernidad, las disciplinas científicas han seguido un camino ramificado de hiperespecialización, que puede definirse como “un saber cada vez mayor acerca de un sector cada vez menor”.

Si aceptamos que ciencia es hacer ciencia (White, 1964), veremos que esta hiperespecialización refleja fielmente el accionar de los científicos y, por ello, es una idea que adjetiva bien dicha actividad. No obstante, este vector configura una dirección que no parece conducir al puerto esperado, pues no es en este sentido que se avizore una respuesta posible a las problemáticas actuales.

Lo que investigadores como Morin (1994) han definido bajo el nombre de complejidad, evidencia la aparición de un nuevo modo de abordar los problemas. El paradigma cartesiano-newtoniano impuso una visión del mundo que implicaba explicaciones atomísticas, que ahondaran en las

causas mecánicas de una naturaleza muerta y, por ende, cuantificable; en el que el tiempo es considerado lineal-progresivo y la materia es concebida esencialmente discontinua (Lahitte, 1995). Se trata de un mundo desencantado; razón por la cual algunos acuerdan con Berman que la posmodernidad implique un reencantamiento del mundo (Berman, 1987).

Según Maturana (2013) la ciencia es un dominio cognoscitivo entre otros. Es decir, un campo de conocimiento, pensamiento y acción acotado por sus propias reglas de funcionamiento. Tales reglas son las que le dan un significado a las conductas dentro de su dominio. Y es por eso que se trata de un espacio de validación conductual.

Haciendo un poco más extensivo el planteo, es posible considerar a las distintas disciplinas bajo esta misma estructuración. En efecto, para el biólogo chileno los dominios cognoscitivos son cerrados, porque están determinados por el criterio de validación de las afirmaciones que les son propias y que especifican el modo de ser dentro de él (Ibíd.). Pero esta clausura operacional (coherencia interna, autoorganización), no implica que no esté abierto a intercambios con otros dominios. Esta es la razón por la cual cierta paradoja enunciada por Heinz Von Foerster (1960) sobre los sistemas dinámicos no escapa a los mismos: para que haya autoorganización debe haber conexión e intercambios con el entorno. Dependencia y autonomía se co-implican. Estas ideas sobre clausura y apertura operacional son necesarias a la hora de considerar el diálogo entre disciplinas científicas; fundamentalmente a la hora de definir las nociones de interdisciplina y transdisciplina.

El énfasis en el pensamiento parcelario, devenido hoy en hiperespecialización, ocurre allí donde la clausura operacional se ha entendido como cierre de fronteras sin posibilidad de intercambios entre dominios disciplinares (Lahitte y otros, 2005). Frente a este panorama, la idea de interdisciplina ha surgido como una posibilidad de amenguar los efectos del énfasis parcelario.

Independientemente de la manera de entender y ejecutar tácticas que pongan en conexión conjuntos disjuntos, es posible adecuar la paradoja de la autoorganización a la problemática demarcatoria de los dominios científicos: el doble juego entre apertura y clausura no se debe identificar con el cierre o abolición de fronteras, sino con la posibilidad de consolidar una identidad disciplinar que no signifique incomunicación o negación para con otros dominios cognitivos (científicos o no).

La epistemología, entendida como el estudio de la manera en que determinados organismos conocen, piensan y deciden (Bateson, 1981), puede contribuir al dialogo interdisciplinar o incluso constituirse en un ejercicio de

transdisciplinariedad. Para ello es necesario despojarse de la idea de que reflexionar sobre los propios argumentos no es tarea del científico sino del filósofo. Morin acierta al afirmar que la reflexión no es ni filosófica ni no filosófica, sino que es la actitud más rica del pensamiento: el momento en que éste es capaz de autoconsiderarse, de metasistematizarse (Morin, 1984). Ahora bien, dentro de las finalidades que puede perseguir la reflexión, una de ellas merece destacarse: el pensamiento debe volver sobre sí mismo para hacer explícitos los fundamentos desde los cuales ha sido cimentado. Ésta es una nota distintiva y común a cualquier dominio cognoscitivo que pretenda denominarse científico: la claridad de los resultados debe ir acompañada por la claridad de los procedimientos (Lahitte y otros, 2005). De lo contrario se está haciendo cualquier otra cosa menos ciencia.

Esta necesidad de reflexionar sobre los supuestos básicos no debe verse como una confusión entre las incumbencias de la filosofía y de la ciencia, sino como el inevitable cruce entre los aspectos filosóficos y científicos. Para tomar un ejemplo, puede decirse que la metafísica queda por fuera del ámbito científico; sin embargo los posicionamientos ontológicos indudablemente tienen injerencia en torno a cómo actúan los científicos. Esa es la razón por la que ingresan en el circuito epistemológico de los presupuestos elementales de toda actividad científica (Lahitte y otros, 2005) Dicho de otro modo, la razón por la cual es necesario advertir y reflexionar sobre los propios posicionamientos metafísicos se basa en que los mismos dan por supuesto elecciones ontológicas. Incluso los que niegan la metafísica, terminan haciéndola: el positivismo lógico, al afirmar que la realidad son los hechos sensibles, está haciendo una elección ontológica y, lo que es más peligroso, sin saberlo.

II. El estudio de la conducta como un operador dialógico entre diversos subdominios científicos

Si la Psicología, la Antropología y la Etología pueden considerarse dominios cognoscitivos, las distintas corrientes que los constituyen podrían verse como subdominios susceptibles de seguir la misma lógica de clausura-apertura que hemos considerado.

No es necesario un análisis exhaustivo para advertir que las distintas tradiciones de investigación (1) de cada uno de estos dominios han partido de diversos supuestos ontológicos y epistemológicos. Lo que no siempre ha sido dicho es sobre el escaso grado de explicitación que las diversas teorías han hecho de tales supuestos. Éste quizás sea uno de los factores que ha contribuido al desentendimiento mutuo y la decisión de hacer cesar (si es que los hubo) los intercambios de conocimientos,

problemas, métodos, entre otros. En este sentido, comenzar a explicitar ciertos elementos que han quedado ocultos puede ser una estrategia útil a los fines de fortalecer el diálogo entre tales dominios.

El estudio de la conducta posiblemente sea un escenario propicio donde operar los movimientos de integración de los conocimientos y de redefinición del enfoque de ciertos problemas (Lahitte y otros, 2005).

Podemos afirmar que el estudio de la conducta debe partir de la idea de que el Hombre es parte de la naturaleza y no algo que se desprende de ella; lo cual no quiere decir que se nieguen las características distintivas del hombre respecto de otros sistemas vivientes. Por otro lado, una ciencia de la conducta debería abordar a su objeto de estudio a un nivel en el cual la conducta sea el emergente de un tipo de intercambio enmarcado dentro de un sistema (organismo/entorno – hombre/entorno). Si es posible afirmar que históricamente en la ciencia occidental ha predominado una delimitación de las unidades de análisis apelando a entidades, nuestro posicionamiento epistemológico implica el abandono de esa perspectiva disociante a partir de la evidente necesidad de basarse en la relación. En este sentido, el obstáculo substancialista (Bachelard, 1948) debe vencerse para trascender la visión parcelaria y mutilante de la ciencia moderna y sus retoños actuales.

Si se escoge por esta perspectiva, es posible evitar toda una serie de reduccionismos:

- 1) Al estudiar la conducta de ratas y palomas podremos explicar la conducta humana (como fue el anhelo irrealizado de muchos conductistas) (Medawar y Medawar, 1988).
- 2) Podremos explicar la conducta animal o humana a partir de sus elementos biomoleculares complejos (según parece ser el sueño de varios biólogos) (Trigg, 1989).
- 3) La conducta humana puede ser explicada sin tener en cuenta su estructura biológica (como sigue siendo el empeño de numerosos psicólogos) (Castilla del Pino, 1982).

Ahora bien, ¿qué queremos decir cuando hablamos de conducta? Quizás sea, por el momento, más interesante acercarnos referencialmente a la idea de conducta que intentar definir precisamente qué es. Un intento de respuesta muy general es el que da Humberto Maturana: “un organismo es un sistema dinámico. Es decir un sistema que mientras conserva su propia organización, está en continuo cambio de estado. Un observador que mira al organismo como unidad interactuando en su medio no ve sus cambios de estado, sólo sus cambios de posición o de forma en el medio, como reacción a las perturbaciones de éste, o como resultado de su propia dinámica interna. Estos cambios de forma o posición de un

organismo respecto al medio, son su conducta. La conducta no pertenece al organismo como una característica de todos o algunos de sus cambios de estado. La conducta es una relación entre un organismo y el medio, en el cual un observador lo distingue y contempla” (Maturana, 1995: 37).

En base a este comentario queda claro que la conducta del organismo en su entorno (2) se vincula a cambios observados independientemente del detonante de esos cambios.

Un aspecto fundamental en este pasaje de Maturana es la inclusión del punto de vista del observador en la evaluación de la conducta tal como es planteada. En este punto es necesario hacer una serie de aclaraciones sobre el modo en que enfocamos: los límites entre una conducta y otra no existen como tales (real-mente) en la unidad de referencia que se observa, sino que es el observador el que distingue elementos en ese flujo indiviso (Lahitte y otros, 1998). Partiendo de que solo conocemos el mundo por medio de las imágenes que de él nos formamos, Gregory Bateson (1991) explica que, en el mecanismo de formación de esas imágenes o cartografiado, sólo las diferencias son los aspectos del territorio que pasan al mapa. En este sentido, el observador es quien realiza singulares actos de distinción que, a su vez, lo definen a sí mismo como observador y al entorno que lo “rodea” como referente del fenómeno observacional (Lahitte, 1995). Dicho de otro modo: observador y entorno se definen por un acto de distinción, siendo su origen (como unidades) cocircunstancial el establecimiento de la distinción. Razón por la cual, la nota esencial del vínculo entre Observador y Referente es su carácter de indisoluble. Lo cual puede ser simbolizado de este modo:

Obs {OBS / [R (ORG/ENT)] (3)

Pero si el observador no puede sustraerse del fenómeno que desea explicar, entonces no debería quedar por fuera del campo argumental. Esto nos conduce admitir que toda explicación que no involucre a quien explica no podría considerarse una explicación científica (Lahitte y otros, 2005).

Por otro lado, es necesario partir de la distinción lógica entre la experiencia de observación y construcciones teóricas; para ubicar en su transcurso las operaciones argumentativas que posibilitan el pasaje. Son estas operaciones, entre otras, las que deben quedar explicitadas. Sin esta explicitación no es posible que otros investigadores puedan ponderar los procesos desarrollados ni los resultados alcanzados.

Mientras que en la experiencia de observación el fenómeno emerge a modo de pregunta, lo que se ha de denominar explicación es una reformulación del fenómeno, es decir la respuesta a esa pregunta. De este modo

el fenómeno queda subsumido en la legalidad de algún mecanismo que lo soporte y lo justifique. Sobre estas consideraciones es posible trazar una neta distinción lógica entre el plano observacional/experiencial/fenoménico y el plano argumental/explicativo. Esta ruptura, que es sin retorno, permite afirmar que los modelos son siempre mapas que no representan lo real sino la realidad de la propia experiencia observacional. Quizás por ello Morin afirma que “solo debemos reconocer, como dignas de fe, las ideas que conllevan la idea de que lo real resiste a la idea” (2001: 30). Dicho de otro modo, un mapa es un mapa entre otros, que nunca debería aspirar a ser isomórfico de la naturaleza territorial sencillamente porque es imposible. En otras palabras, explicar supone representar una experiencia de observación.

Resulta lícito, entonces, considerar que la validación de los argumentos no se produce por el contraste con un referente exterior, sino contra la propia experiencia observacional, contra su contexto. Este planteo, que atenta contra la idea de objetividad (4), implica la imposibilidad de una contrastación empírica tal y como es entendida en el hipotético-deductivismo, en tanto que se rechaza la idea de que exista un referente externo e independiente del observador (Lahitte y otros, 2005).

Tenemos entonces dos niveles lógicos diferenciados en el estudio de la conducta: la conducta observada y la conducta de observación. Una de las razones por las que hay tanta diversidad conceptual en torno de la conducta es por la no explicitación de supuestos y cascadas argumentativas, en el marco de la confusión de estos niveles lógicos que hemos diferenciado.

Como veremos, muchas posiciones y corrientes, inherentes a distintos dominios cognoscitivos, comparten varios elementos que no siempre han sido debidamente ponderados. La noción de asociación, puede ser uno de ellos.

III. La asociación: una noción privilegiada en la modelización de la conducta

Lo que ha sido llamado asociación, atravesó toda la historia de la Psicología y la Etología, intentado dar respuesta a una necesidad explicativa que ha ido permutando pero que no ha podido ser reemplazada.

Si bien no es el espíritu de este trabajo realizar una presentación histórica del concepto ni indagar sobre la especificidad diferencial con la que ha sido abordado por diversos autores, quizás sea conveniente situar algunos hitos centrales y delimitar algunos usos, a los fines de establecer vectores de convergencia disciplinar.

Desde la antigüedad, es Aristóteles (5) uno de los primeros en conceptualizar la asociación, vinculando el fenómeno con la facultad de la

memoria. Se llega a veces a recordar porque “el espíritu pasa rápidamente de una cosa a la otra: por ejemplo, de la idea de la leche se pasa a la de lo blanco, a la de aire, y de esta a la de humedad, y por medio de esta última noción se recuerda la estación del otoño que es precisamente la que se buscaba” (Aristóteles, citado en Andreatta y otros, 2004).

Aristóteles advertía que el recuerdo no era directo sino que implicaba pasos intermedios; los cuales no se suceden de modo azaroso sino por medio de ciertas leyes: las ideas se conectan por 1) su proximidad temporal o espacial, 2) su semejanza u oposición.

Son estas leyes las mismas que han sido retomadas y reformuladas una y otra vez por diversos autores; como Hume, quien agrega la ley de “causa/efecto”; Claperede, quien pretende una reducción de estas leyes a una sola, la “ley de contigüidad”, que sería útil para explicar procesos fisiológicos; William James, quien relaciona el comportamiento animal con la ley de contigüidad y el comportamiento humano con la ley de semejanza; John Stuart Mill, quien agrega dos leyes originales (de frecuencia y de intensidad) e intenta vincular la asociación a “factores externos” (Andreatta y otros, 2004).

Este continuado retorno a la asociación parece marcado por una necesidad innegable: dar cuenta de la misma apelando a cierta legalidad. Por otro lado, en rigor de verdad, la mayoría de los autores que han vuelto sobre Aristóteles no han avanzado significativamente sobre la explicación misma de la asociación como fenómeno. No obstante lo cual la han utilizado como el fundamento de algún principio explicativo.

En el campo de lo que tradicionalmente se ha denominado Gnoseología, gran parte de los filósofos han discutido el problema del origen del conocimiento por apelación a la asociación como un mecanismo fundamental, ya sea por sobre o subestimación de la misma (6). La mayoría de estos argumentos han sido retomados en el campo de la Psicología, fundamentalmente el ámbito de las teorizaciones sobre el aprendizaje.

El estudio de la conducta, entendida como un referente susceptible de ser abordado por métodos y técnicas científicas, ocupó un lugar central en lo que se dio en llamar Conductismo. Hull, Skinner, Spence y Thorndike determinaron que entre 1920 y 1950 la psicología, fundamentalmente en los Estados Unidos, fuera conductista.

En términos generales puede decirse que el Conductismo implica un programa de investigación en cuyo núcleo firme ocupa un lugar preponderante la concepción del método. De hecho, la metodología conductista nace como respuesta a los problemas insalvables que presentaba la introspección. Watson, al retomar fundamentalmente las ideas de Pavlov

sobre el “reflejo condicionado” y las de Thorndike sobre el “conexionismo”, implementa un programa reduccionista que pretende explicar todas las conductas complejas por medio de este mecanismo.

La hipótesis del reflejo condicionado implica enteramente a la idea de asociación: se trata de reflejos aprendidos, consecuencia de haber experimentado la relación entre un estímulo incondicionado y un estímulo neutro. Este esquema fue el bastión de las explicaciones conductistas, en un intento por modelizar la conducta animal (y humana). Esquemas como este permitieron explicar el comportamiento sin referencia alguna a estructuras previamente existentes en el organismo y con total injerencia del medio externo (7).

La evolución del programa conductista devino en la proliferación de múltiples modelos y procedimientos en los que, no obstante, la noción de asociación continuó siendo un elemento descriptivo y explicativo fundamental.

Posteriormente, la Psicología Cognitiva revolucionó nuevamente el campo psicológico en un intento de superación del programa conductista (Gardner, 2002). El cognitivismo se avocó de lleno de los problemas que el conductismo había desdeñado: los procesos mentales. Para ello, el modelo computacional fue el elegido para metaforizar los procesos supuestos al organismo humano. La etología también ha incorporando la posibilidad de la cognición animal (Lahitte y otros, 2002) y son de plena vigencia las investigaciones tendientes a probar la aplicabilidad de los modelos computacionales al funcionamiento del procesamiento de información más allá de lo humano (8).

Al decir de Pozo (1989), el núcleo duro del programa cognitivo implica importantes puntos de contacto con el núcleo duro del relegado conductismo. El asociacionismo es una noción que ha mutado pero que no ha sido reemplazada: ahora se trata de la primacía de la asociación en el cómputo cibernético (Pozo, 1989). En este punto, el nivel de controversia es significativo y vigente; siendo uno de los principales interrogantes el de si el procesamiento de la información supone el cómputo de signos vacíos de significado (caso en el cual sería posible homologar tales signos con las señales que procesaban los perros pavlovianos), o si el cómputo implica una manipulación de los significados. Parecería que el modelo computacional encuentra en estos y otros problemas un límite definido.

Más allá de los obstáculos y las respuestas posibles, es necesario señalar que la vigencia del programa cognitivista implica la actualidad de la noción de asociación, en tanto que atraviesa las hipótesis fundamentales de su núcleo duro.

Jean Piaget, desde la Psicología y Epistemología Genéticas, se ocupó arduamente del problema del conocimiento. Para el autor suizo, la asociación no es más que un mecanismo secundario e inútil para explicar, por sí mismo, el origen del conocimiento. La asimilación es definida como el primer hecho de la vida psíquica, y la asociación es considerada un mecanismo que adquiere un lugar en el marco de una estructura totalizante que la engloba y determina (Piaget, 1985). Es la noción de significación lo que le va a permitir a Piaget explicar, entre otras cuestiones, la dirección específica que siguen las asociaciones.

La perspectiva de Piaget es opuesta a la conductista en diversos puntos; en lo que a nosotros aquí nos respecta debemos resaltar la idea de un esquema como “totalidad organizada”, es decir como una estructura que no puede comprenderse por apelación a los elementos componentes por separado. Si bien Piaget fue un crítico de la *Gestaltpsychologie*, en este punto parece estar de acuerdo con sus planteos respecto a la irreductibilidad de los fenómenos psíquicos: “Nuestra crítica de la Teoría de la Forma debe, por lo tanto, consistir en retener todo lo que opone de positivo al Asociacionismo –es decir, todo lo que descubre de actividad en el espíritu-, pero en rechazar todo lo que en ella no es más que un empirismo inverso, es decir, su apriorismo estático.” (Piaget, 1985, citado en Andreatta y otros, 2004: 68). Es por ello que la asociación cobra sentido sólo porque se inscribe en una estructuración preexistente, de la que el sujeto es constructor activo.

Freud, desde el Psicoanálisis, también utilizó explícitamente el concepto de asociación para cimentar su teoría y, fundamentalmente, sus métodos. El procedimiento psicoanalítico se define, en lo relativo al paciente, por la implementación que este hace de la regla de “asociación libre” (Freud, 1924). Esta implica relatar los contenidos de la conciencia en el mismo momento que se presentan durante la sesión. Las hipótesis sobre el “proceso primario” y la “represión” permiten explicar el modo en que las ideas se asocian: el choque de fuerzas o conflicto psíquico se resuelve mediante “formaciones del inconciente”. Tales configuraciones se expresan en la conciencia de manera desfigurada, siendo esa distorsión el resultado de la “condensación” y del “desplazamiento” de las representaciones.

En la obra de Freud, la asociación es considerada un medio para que lo inconciente se exprese; al mismo tiempo que ocupa un lugar secundario, en la medida en que cobra sentido por referencia a otros mecanismos anteriores desde un punto de vista lógico: la represión es uno de ellos.

Las teorías Psicogenética y Psicoanalítica han elaborado explicaciones que incluyen a la asociación de manera explícita. En ambas, dicha noción

representa un mecanismo secundario respecto de otras construcciones teóricas. Esta es una diferencia fundamental respecto de las anteriores teorías y autores mencionados, puesto que en su mayoría la asociación aparece como un fenómeno principal en la construcción argumentativa.

Esta y otras razones han sido las que motivaron la nominación de asociacionistas a las teorías que pretendieron explicar la totalidad de la conducta por mera apelación a la asociación. Ejemplos de ello son el intento de explicar las percepciones por el resultado de la asociación de sensaciones y el razonamiento por el resultado de la asociación de ideas.

El asociacionismo estuvo fuertemente vinculado a una concepción elementarista del mundo, a una perspectiva epistemológica en la que el conocimiento científico es un reflejo del mundo (mapa confundido con territorio) y el sujeto cognoscente quedaba por fuera del ámbito observacional.

Las críticas al asociacionismo bascularon sobre dos ejes (Ruiz, 2004): 1) no es lícito hablar de asociación mecánica, porque éstas siempre tienen una dirección. Esta línea retoma la noción de Brentano (9) sobre la “intencionalidad”; concepto que influyó particularmente a Freud y que puede reencontrarse en la conceptualización que éste hace del “sentido”. 2) las asociaciones, en el ámbito humano, pertenecen a un contexto estructural que las determina: el sistema psíquico. Esta línea es la que parece haber seguido fundamentalmente la Psicología de la Forma y la Psicología Genética, entre otras.

Hay que decir que el asociacionismo, pese a estas críticas, continuó desarrollándose en diversas perspectivas conductistas, reflexológicas y cognitivistas que llegan hasta la actualidad.

La presencia innegable del concepto de asociación en las teorías mencionadas y en otras (10), evidencia una necesidad explicativa de la cual deriva su utilización. Ya sea para convertirlo en una noción basal de las argumentaciones o para relativizar su valor explicativo.

IV. Algunas conclusiones

Considerando que la asociación ha sido una noción subyacente a las principales descripciones y explicaciones del comportamiento animal y del psiquismo humano, varios señalamientos son susceptibles de esbozarse siguiendo nuestra línea argumental:

1. Si la asociación es un elemento presente en teorizaciones vigentes, abogar por una reformulación del concepto es una tarea necesaria.
2. Tal revisión debería hacerse partiendo de ciertas restricciones no

fundamentos en humanidades

tenidas en cuenta por la mayoría de los modelos considerados: A) el fenómeno es distinto a la explicación del fenómeno (un mapa no es el territorio), B) el observador forma parte del dominio de la experiencia implicado en su observación, C) la validación de los argumentos solo puede realizarse contra el propio contexto observacional.

3. Si la asociación es un elemento presente en la mayoría de los modelos sobre el comportamiento, re-abrir el diálogo respecto de este tipo de elementos contribuye a la posibilidad mayor de dialogar sobre la conducta como concepto diagonal en las disciplinas humanas y naturales.
4. Una reformulación de los conocimientos en cuestión trasciende necesariamente las tradicionales fronteras disciplinares; orientándose quizás a la elaboración de un dominio cognoscitivo mayor que dé cuenta de su complejidad inmanente. Tal empresa merece una profunda reflexión epistemológica y metodológica para su realización.

Si la conducta es una ruta diagonal fructífera para la integración de las ciencias abocadas al comportamiento (Lahitte y otros, 1990, 1999) y si este camino puede trazarse más allá de las clásicas fronteras disciplinares, entonces la reflexión de los elementos recurrentes que han insistido en las teorías etológicas y psicológicas (entre otras) es un paso necesario tanto para una reformulación conceptual como para un diálogo integrador.

Los fundamentos filosóficos (metafísicos y gnoseológicos al menos) que enmarcan nociones como la de asociación en las diversas disciplinas, no han sido ni son homogéneos. No obstante (y en contra de todo vector de inconmensurabilidad) creemos posible un diálogo transdisciplinar a este y otros respectos. Todo ello es útil y necesario si se pretende abordar la complejidad fenoménica (Morin, 1994) que se ha vuelto cada vez más evidente en todos y cada uno de los dominios cognoscitivos.

La Plata (Argentina), 20 de Junio de 2011.

Notas

1- Tal expresión, que debemos a Larry Laudan (1977) y su lectura de la obra de Imre Lakatos, representa una manera atractiva y precisa de considerar los corpus teóricos; pero, en el marco de este trabajo, no nos permitiría considerar el interjuego de clausura/apertura comunicacional que intentamos relacionar.

2- Preferimos la denominación de entorno en lugar de medio, para evitar la restricción del sentido del término, que pareciera quedar solamente referido al espacio físico circundante.

3- Con esto se representa que la observación (Obs) implica un observador (OBS) en relación (/) con su entorno [R(ORG/ENT)], relación que los constituye a ambos como tal. La observación consiste en distinguir en ese entorno a un sujeto de la observación (ORG) en relación (/) con su entorno (ENT), relación también indisoluble (Lahitte y otros, 2002).

4- La teoría de los sistemas, la cibernética, la comunicación, la termodinámica no lineal, ciertas orientaciones del psicoanálisis, entre otras, han aportado evidencia suficientemente contundente para que hoy rechacemos la idea de objetividad tal y como ha sido entendida en la visión estándar de la ciencia.

5- Cabe destacar que esta contribución de Aristóteles cobra cierto valor y comienza a ser considerada de un modo distinto a partir de la lectura hecha en el siglo XV por el español Juan Luis Vives (1923).

6- Locke (1982) consideraba al conocimiento como la asociación de ideas simples, Hume (1923) afirmaba que la recurrencia de impresiones o hábito, originaban conocimiento sobre la causalidad y la substancia; Leibniz (1977), en cambio, consideró que la asociación solo permitía explicar la conducta animal. Ejemplos que muestran como hasta representantes de corrientes decididamente opuestas estimaron, a su modo, la noción de asociación.

7- "Dadme una docena de niños sanos, bien formados, para que los eduque y yo me comprometo a elegir uno de ellos al azar y adiestrarlo para que se convierta en un especialista de cualquier tipo que yo pueda escoger -medico, abogado, artista, hombre de negocios e, incluso, mendigo o ladrón-, prescindiendo de su talento, inclinaciones, tendencias, aptitudes, vocaciones y raza de sus antepasados" (Watson, 1925).

8- Si el lector desea ahondar en este punto puede consultar investigadores como Aguilar (1990), Griffin (1992), Heyes (1993), Real (1994), quienes abordan el tema de la cognición animal y sus problemáticas.

9- Brentano puede considerarse un punto concreto de influencia para sus contemporáneos, pero es evidente que el concepto mismo de "intencionalidad" puede retrotraerse a la lectura que hace Santo Tomás de Aquino de la "teleología" Aristotélica.

10- Autores del mismo peso que los mencionados han quedado fuera de este racconto bajo la intención de evitar extendernos en las referencias históricas. Lev Vigotsky es uno de ellos. En su célebre "Pensamiento y Lenguaje" (1964) declara que la estrategia metodológica para el abordaje de estos temas no puede ser el reduccionismo elementarista, debido al carácter holístico del objeto de estudio. Skinner y Chomsky representan otros dos ejemplos de perspectivas que, aunque absolutamente disímiles, han abordado estos problemas en los que la idea de asociación se hace de algún modo presente.

Referencias Bibliográficas

- Aguilar, L. (1990) Problemas y métodos de la cognición comparada. En *Cognición comparada. Estudios experimentales sobre la mente animal* (pp. 17-68). Madrid: Alianza.
- Andreatta, P., Themtham, M. y Durán, P. (2004) Revisión histórica del concepto de “asociación”. Contribución al estudio de los mecanismos psíquicos. *Thesis, Revista de Historia de la Psicología, N° 3: De la asociación a la metáfora*. La Plata: Avatar.
- Bachelard, G. (1948) *La formación del espíritu científico*. Bs. As.: Argos Editores.
- Bateson, G. (1981) *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bateson, G. (1991) *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Planeta-Lohlé.
- Berman, M. (1987) *El reencantamiento del mundo*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Castilla del Pino, C. (1982) *Introducción a la Psiquiatría*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foerster, H. V. (1960) Self-Organizing Systems and their Environments. En N. Yovits y S. Cameron (Eds.) *Self-Organizing Systems* (p. 31). London: Pergamon Press.
- Freud, S. (1924) Breve informe sobre el psicoanálisis. En *Obras Completas. Tomo XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gardner, H. (2002) *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- Griffin, D. (1992) Pensamiento animal. En *La mente y el comportamiento animal: ensayos de etología cognitiva*. México: FCE. Colección de psicología.
- Heyes, C. M. (1993) Anecdotes, training, trapping and triangulation: do animals attribute states? *Anim. Behav.*, 46, 177-188.
- Hume, D. (1923 [1740]) *Tratado de la Naturaleza humana*. Madrid: Calpe.
- Lahitte, H. B. y Hurrell, J. A. (1990) *Ideas sobre conducta y cognición*. La Plata: Nuevo Siglo.
- Lahitte, H.B. (1995) *Epistemología y cognición*. Depto. de Teoría e Historia de la Educación. Universidad de Salamanca.
- Lahitte, H. B., Ferrari, H. R. y Banegas, P. C. (1998) *Manual de Etología. Volumen 1: Sobre la coordinación conductual de los sistemas vivientes*.

La Plata: E.C.A.

Lahitte, H. B. y Hurrel, J. A. (1999) *Sobre La integracion de las Ciencias Naturales y Humanas*. Buenos Aires: L.O.L.A.

Lahitte, H. B., Ferrari, H. R., Ortíz Oria, V. y Lázaro, L. (2002) *Manual de Etología. Volumen 3: Sobre la conducta como articulación individuo/entorno*. Buenos Aires: Kliczkowski.

Lahitte, H. B. y Ortiz Oria, V. (2005) *El otro. Antropología del sujeto*. Buenos Aires: Nobuko.

Laudan, L. (1977) *Progress and Its Problems*. Berkeley, Calif.: University of California Press.

Leibniz, G. (1977 [1765]) *Nuevos ensayos sobre entendimiento humano*. Madrid: Editora Nacional.

Locke, J. (1982 [1960]) *Ensayos sobre el entendimiento humano*. Buenos Aires: Aguilar.

Maturana, H. (1995) Reflexiones: ¿aprendizaje o deriva ontogenética? **En Desde la Biología a la Psicología**. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Maturana, H. (2013) *La objetividad. Un argumento para obligar*. Santiago de Chile: Granica.

Medawar, P. y Medawar, J. (1988) *De Aristóteles a zoológicos, un diccionario filosófico de biología*. México: Fondo de cultura.

Morin, E. (1984) *Ciencia con conciencia*. Barcelona: Anthropos.

Morin, E. (1994) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.

Morin, E. (2001) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Piaget, J. (1985 [1936]) *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. México: Grijalbo.

Pozo, J. I. (1989) *Teorías cognitivas del aprendizaje*. Madrid: Morata.

Real, L. (1994) Conducta de elección en los animales y la evolución de la arquitectura cognitiva. En *La mente y el comportamiento animal: ensayos sobre etología cognitiva*. México: FCE. Colección de psicología.

Ruiz, R. H. (2004) Las dos grandes características de los mecanismos psíquicos. En *Thésis, Revista de Historia de la Psicología*, Nº 3: *De la asociación a la metáfora*. La Plata: Avatar.

Trigg, R. (1989) *Entre la cultura y la genética*. México: Fondo de cultura.

Vives, J. L. (1923) *Tratado del alma*. Madrid: de la Cultura.

fundamentos en humanidades

Vigotsky, L. (1964 [1934]) *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires: Lautaro.

Watson, J. B. (1925). *Behaviorism*. New York: People's Institute.

White, L. (1964) *La ciencia de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.